

1. Digitalidad, comunicación y transcultura

Muchos relatos, experiencias e indicios sugieren que las culturas del mundo no solo cambian sino que, en el último cuarto de siglo, lo están haciendo drástica e irreversiblemente hacia configuraciones simbólicas heterogéneas, desconocidas, que expresan un final de la cultura tal y como la concebían y vivían nuestros abuelos.

Entenderemos cultura, en su acepción genérica, como el modo que tienen las personas de entender y relacionarse con el mundo. Las viejas culturas serían sistemas verticales que regulan localmente, y mediante categorías suficientemente explícitas, el imaginario simbólico y las prácticas cotidianas de los individuos. Por contra, aunque no la consideremos contraria sino más bien producto de la evolución impositiva de una sola tecnología cultural, concibo la nueva cultura contemporánea, vaticinando una agudización de sus propiedades en el próximo futuro, salvo hecatombe, como un sistema transversal que regula globalmente, y mediante categorías suficientemente ocultas, la vida de los sujetos que ya no pertenecerán, en exclusiva, a cultura convencional alguna. La nueva cultura difícilmente podría ser catalogada según los parámetros de las

viejas culturas, por lo que prefiero concebirla, en función de su más sobresaliente propiedad —la interacción digital—, bajo otro nombre: transcultura.

La cultura, en su confluencia con las tecnologías electrónicas, ha sido objeto de numerosas teorías y denominaciones, muchas con relevantes matices: tecnocultura, cibercultura, cultura digital, realidad virtual. Todas ellas coinciden en mostrar que las tecnologías digitales de la información y de la comunicación despliegan un espacio de interacción en el que las subjetividades personales y colectivas —lo identitario, en suma— se fugan de sus nichos culturales originarios adoptando nuevas configuraciones y repercusiones en el psiquismo y en sus complejos entramados sociales.

Lo digital responde a una lógica puramente occidental que otras cosmovisiones, en vías de occidentalización, están haciendo suya. Occidente, no obstante, no es lugar geográfico ni físico, sino epistémico. Sus fronteras culturales no son explícitas; ni su centro, compacto; ni sus costumbres y creencias, equivalentes, aunque de su sentido más profundo emane totalismo y contamine de totalismo a sus curiosas periferias. Allá donde se encuentre un viajero o un errante occidental, brotará occidente con la convicción autocomplaciente de su valor universal.

Observar las culturas a partir de sus tecnologías es un antiguo y efectivo recurso de la etnografía para cartografiar evoluciones y mestizajes simbólicos. En ese sentido, contamos con una inmensa masa crítica de estudios metropolitanos, desde los netamente académicos hasta los exclusivamente animados por los estudios de mercado, centrados en la influencia de la tecnología digital sobre los sujetos de su cultura matriz. Pero esa tecnología, fuera ya de su hábitat —y la interacción no tiene vocación de propagar permanencia en hábitat alguno, desde luego explícitamente—, no solo ha ocupado sin cautelas, ni procesos de traducción, multitud de universos

simbólicos y prácticas culturales inicialmente incompatibles —en el fondo, la historia de todas las invasiones está precedida y sucedida de procesos de intercambio tecnológico—, sino que lo hace de una manera masiva, acelerada, precaria, profunda, sutil, irreversible y global, con un ansia neocolonial de expansión nunca antes conocida.

Del mismo modo que la propia cultura occidental del último siglo —por emplear una etiqueta injusta con la diversidad cultural de ese «territorio cultural» conocido como occidente— está siendo incorporada por vía de urgencia y de forzado consenso de los países hegemónicos a lo digital, centenares de culturas, de ideologías, de modos de vida e imaginarios no occidentales —abundando en la injusticia de una etiqueta generalista— se adaptan o doblegan a lo que parece ser, conforme a la corrección política y a la convicción capitalista, la única solución posible para las culturas atrasadas, miserables, exóticas o periféricas.

La «solución digital», lejos de ser una panacea, se impone como obstáculo no solo para el desarrollo autóctono de modos de vida no occidentales, determinando los valores y categorías de una comunicación virtual para la que ni siquiera inmensas bolsas de ciudadanía occidental, previamente ablandadas por el hostigamiento de la televisión o del cine, están críticamente preparadas, sino que instala una lógica del mundo encriptada, reductora y unificante, pero eficaz, como las mitologías, tabúes y prejuicios que sostienen los sistemas dogmáticos convencionales que occidente mismo saldría inmediatamente a denunciar.

Vivimos una época de cambio incesante. Cambio siempre hubo, la cultura no es concebible, como veremos, sino en «estado de cambio», pero la digitalidad nos ha traído elementos que permiten vaticinar, desde dentro de su misma lógica perversa de aspiración simbólica, enlaces y desenlaces a un ritmo necesariamente dramático para las culturas. Es en

ese *tempo* en el que el tiempo de las culturas tradicionales se agota.

Las tecnologías digitales propician una forma de cultura específica, una tecnocultura *sui generis* en sus espacios de intercambio, pero esta nueva forma de cultura no será la única que se desprenda del avance mundano de lo digital. Los humanos, que casi siempre conocieron los grandes cambios culturales atravesados por ideas y tecnologías que traían a sus territorios, viajeros, comerciantes, juglares, mercenarios, desterrados, emigrantes, expansionistas y una multitud de errantes, reciben, allá donde se encuentren, las ondas y la publicidad incesantes de la comunicación digital.

El nuevo espacio de comunicación establece un ritmo de intercambios entre sujetos y culturas de resultados y consecuencias imposibles de calibrar y prever, siendo ese ritmo una de las piedras claves para entender lo que está ocurriendo en las culturas del mundo. Muchos sujetos practican y operan en la tecnocultura un proceso de intercambio genuino del espacio digital, pero ellos mismos, y muchos otros, adoptan los modos acelerados y caóticos de interacción cultural propios de la tecnocultura, para interaccionar también fuera de ella. Este modo desarraigado y desarraigante de intercambio de valores y categorías es lo que será entendido, en este texto, como transcultura. Un universo de transacciones simbólicas y de prácticas culturales que desborda ya el espacio digital donde surge, aunque posee indefectiblemente su sello.

La tecnología digital, como tecnología elaborada desde unos intereses inicialmente muy minoritarios y bien distinguibles a escala planetaria, derivados del capitalismo, de la estrategia militar y del espionaje, de la cultura neocolonial, de la democracia representativa, del humanismo depredador, del multiculturalismo neo-racista, de la razón instrumental en suma, trae de la mano un conjunto de dulcificadas categorías que se inoculan en la mente a través de la neofilia, de la fasci-

nación por lo nuevo.¹ Sea en una tienda de la 5.^a Avenida o en un mercadillo africano. Orgullosamente, los gurús de la digitalidad denominan a los individuos de este creciente imperio «nativos digitales». El esperpento no se reduce a una expresión inocua: el modelo de los nativos digitales surge como nuevo perfil social del que derivan muchos indicadores de la «calidad» de las políticas culturales y educativas implantadas en nuestras sociedades. La tecnología digital, como todas las tecnologías que pretende sustituir, suplantar o anular, presenta aspectos generalmente aceptados y muy positivos, razón por la cual no vamos a reproducirlos aquí. Ahora bien, de seguir las cosas así, en pocos decenios una mayoría de los habitantes de regiones opulentas, y también muchos de zonas desfavorecidas, del planeta serán «nativos digitales»; ¿a qué cultura estarán adscritos y a qué diferencia sustancial?, ¿a partir de qué *locus* de resistencia emitirán su crítica? A analizar esos temores dedicaré buena parte de este ensayo.

De ahí que sea necesaria una economía cultural, que nada tiene que ver con la contabilidad y rentas de lo cultural sino más bien, y en consonancia con la posición desde la que habla Groys (2005), consistente en las transacciones de categorías y valores simbólicos que se llevan a cabo en los espacios intersticiales y fronterizos en los que se la juegan las culturas. Hoy día, el mayor mercado de valores simbólicos acontece en Internet; de ahí que sea un escenario privilegiado de observación y conjeturas, que, como toda hipótesis sobre lo social, siempre habrán de ser provisionales, acerca de lo que les espera a las culturas y a las identidades mediadas por la lógica digital.

Toda cultura traslada una clasificación del mundo. La clasificación es su cimiento, una síntesis categorialmente dura

.....
¹ Véase la profunda incursión realizada en las estructuras de lo nuevo por Boris Groys (2005).

y persistente que penetra transversalmente las prácticas cotidianas y «blandas» de cualquier sujeto y colectivo. Durante milenios, las «generaciones» —concepto de muy dudosa consistencia— «autoevolucionaban», también mediante leves intercambios, pero no sustituían vertiginosamente indumentarias, creencias o tecnologías. Podía haber apariencia de cambio profundo a partir de meros cambios formales, mas las vigas maestras de una clasificación dogmática, inmutable y ancestral lograban superar los avatares generacionales.

Con la digitalidad, sin embargo, las clasificaciones del mundo están en riesgo. Los intercambios no serían meramente formales, ni las hibridaciones estables, sino que provendrían de las transacciones de pertenencias y microcategorías realizadas a través de tecnologías y ondas que responden a una lógica que escapa al control de los sujetos y con efectos imprevisibles incluso para las expectativas de quienes política, comercial, educativa, sociocultural y técnicamente las promueven.

En el fragor de la transcultura obtendremos, por un lado, un intercambio descontrolado, libre y desigual de categorías ante el desmantelamiento silencioso e indoloro de clasificaciones centenarias. Por otro, surge la opción de pensar la transcultura de otro modo, como un modo que, más allá de la digitalidad y de muchas culturas e identidades opresivas, represente una conciencia y voluntad transformadoras. Esa conciencia y voluntad de des-organización, de des-centración, de des-poseción de los espacios simbólicos, en los que se dirime el cambio social y cultural, es lo que entenderemos por desclasificación.

En este ensayo buscaremos explicaciones que serán determinadas desde la mirada miope que permite la inmersión en el propio objeto observado. De hecho, el vertiginoso y constante cambio transcultural impedirá en adelante una reflexión sosegada y separada que logre acompañarlo en el